

un interés en la justicia. Ve complicidad constructiva entre la belleza y la justicia. La lengua inglesa ayuda porque *being fair* significa ser justo y ser bello, pero la idea esencial será reconocida por cualquiera que haya reflexionado un poco sobre la experiencia de contemplar cosas o personas bellas. Scarry ve en objetos bellos algo sagrado, que no tiene precedente, que es vital, que reafirma la vida, la reproducción de lo bello, y que incita a la deliberación. El objeto hermoso llena la mente y aun así invita a una búsqueda fuera de sí misma. Es la llamada misteriosa de una realidad de más allá, superior tanto a la obra como al artista. Scarry destruye argumentos como el de que la mirada destruye lo bello, o la cosificación que pretenden ocurrir, y otras necesidades más o menos modernas y ve en la belleza himno y palinodia.

Aunque el argumento tenga sus puntos débiles y no persuade al profesor de filosofía, el intento de Elaine Scarry en defensa de la belleza me parece oportuno y muy digno de elogio. Yo soy de los que sin ser «esteticistas» creo en la necesidad de la belleza. Nadie que lea este libro lo terminará sin un profundo reconocimiento del valor sublime de la belleza natural o artificial, y es posible que, si cierra el libro y dirige consciente la mirada a algún objeto bello (por ejemplo, la misma portada del libro, con una serie de huevos de pájaros americanos), sólo recordando la tesis haga mayor conexión con la verdad y con la justicia. Si el argumento no es a prueba de balas (como muchos objetos bellos definidos por su fragilidad), demuestra al menos que debería ser así y que así será algún día en un mundo auténticamente bello y justo.

A. de Silva

Juan F. SELLÉS, *Curso breve de Teoría del Conocimiento*, Universidad de La Sabana, Santafé de Bogotá 1997, 174 pp.

El autor, profesor de Filosofía en la Universidad de La Sabana, realiza, en esta obra el meritorio esfuerzo de presentar en forma clara y *sintética* una visión bastante completa del conocimiento humano, inspirándose en las doctrinas gnoseológicas de Aristóteles, Tomás de Aquino y Leonardo Polo (cfr. p. 8). No se trata, sin embargo, de un texto de iniciación: aunque Sellés comienza indicando las nociones centrales sobre las que se basa (cfr. p. 9), en numerosas ocasiones prescinde de análisis y explicaciones que serían necesarias para un principiante. De hecho, el libro es el resultado de un curso de Doctorado que impartió en la carrera de Filosofía de la Universidad de la Sabana.

A lo largo de los 22 capítulos que componen la obra, Sellés consigue exponer las distintas cuestiones con brevedad y, a la vez, con profundidad. Además, a la luz de la doctrina expuesta en cada apartado, hace oportunas referencias a otros planteamientos con la justa valoración de los mismos. Esto da muestra no sólo del dominio de la materia por parte del autor, sino también de su conocimiento del pensamiento de otros filósofos.

Como afirma el mismo Sellés, la impronta del Estagirita, así como la de Tomás de Aquino y la de Polo, son patentes en sus formulaciones. En este sentido, quizá la originalidad del libro se sitúa precisamente en los planteamientos que realiza el autor inspirándose en el último de los filósofos nombrados. De hecho, el que Sellés presente tesis de Polo como un avance respecto a las de los otros dos grandes filósofos invita a valorar su pensamiento y a profundizar en el mismo. Esto se advierte, por ejemplo, en los capítulos 13 —*Los actos de la inteligencia*—, 14 —*Los actos de la vía racional*— y 17 —*Hábitos teóricos: conciencia, abstractivo, generalizante, conceptual y de ciencia*—, donde aparecen nociones típicamente poleanas —conciencia, líneas operativas de la inteligencia, unificación del logos, fundamentación, etc.— suscritas por Sellés. Sin embargo, sin pretender descalificar

el talante especulativo de Polo, tal vez convenga matizar la afirmación de Sellés en el capítulo 21 —*El hábito de sabiduría*—, en la que sostiene que la genuina noción de *sabiduría* presente en la tradición aristotélico-tomista, ha sido recuperada y explicitada en nuestros días por el filósofo español (cfr. p. 159). En efecto, en la lectura del capítulo se comprueba una visión de este hábito convergente con la de otros filósofos contemporáneos —E. Gilson, C. Cardona, J. Pieper, por ejemplo—.

Resultan particularmente sugerentes las consideraciones de Sellés sobre el intelecto agente —cfr. cap. 22: *El entendimiento agente*—, bajo la guía de sus tres grandes maestros: se trata de afirmaciones cuyo importante contenido especulativo invita a ulteriores profundizaciones.

En definitiva, nos encontramos ante una interesante obra filosófica en la que el autor consigue tratar con originalidad las cuestiones nucleares de la teoría del conocimiento, y estimular la reflexión para ahondar en esas cuestiones.

M^a C. Reyes Leiva

ANTIGÜEDAD CRISTIANA

SAINT AUGUSTINE, *Newly Discovered Sermons*, New City Press, Nueva York 1997, 452 pp.

Los sermones descubiertos por François Dolbeau en 1989 y por él también editados (*Augustin d'Hippone, Vingt-six Sermons au Peuple d'Afrique Retrouvé à Mayence*, Institut d'Etudes Augustiniennes, Paris 1996) han sido traducidos al inglés y anotados con gran inteligencia y economía por Edmund Hill, que también ha preparado para la misma colección los otros diez volúmenes de sermones y el *De Trinitate*. Esta nueva edición de las

obras completas de San Agustín, traducidas y editadas «para el siglo XXI», como anuncia la publicidad de la editorial y del «Augustinian Heritage Institute», que son los responsables de la colección, será, con sus cuarenta y seis tomos, la primera edición «completa» en inglés.

El magnífico orador latino que era Agustín sabía que lo propio del obispo es predicar la Palabra de Dios y lo hacía cuatro o cinco veces por semana en sermones que nunca parecen rutinarios sino trabajados con esmero pero siempre con espacio para improvisar. Su talento brilla en toda su producción homilética, a pesar de pasajes en los que por una causa u otra también parece dormitar, como Homero, el gran Doctor de la Iglesia. En esta traducción podemos oír la voz misma de Agustín, y en muchas de sus páginas, la oímos por primera vez en asombrosa novedad. Asombrosa no sólo porque veintiuno de estos sermones eran desconocidos antes de 1989 sino también porque la traducción de Edmund Hill respeta el estilo propio del predicador, y hace vibrar las palabras y las ideas de manera que pronto el lector se siente uno más en aquellas comunidades africanas que tuvieron la suerte de escucharle entre los años 397 y 416. La voz de este extraordinario orador romano resuena en estas páginas haciendo de su lectura una experiencia inolvidable.

He aquí una oportunidad de *escuchar* al Agustín de carne y hueso. Por ejemplo, en el segundo sermón en esta edición (Dolbeau 28), y que Edmund Hill data hacia el año 427, oímos la voz de un predicador que acaba de padecer una enfermedad. El sermón es sobre la ayuda de Dios en la aflicción, el Dios que «ha sido tan bueno conmigo que me ha restaurado a mí a vosotros y mi voz a vuestros oídos». Le escuchamos como a uno que ha acabado de pasar por la enfermedad y el sufrimiento, pero también a uno que está afectado, como predicador, por su enfermedad (o vejez) y en algunos momentos se muestra distraído